

ten en los desiertos de la vida oasis encantadores y fuentes cristalinas; y el que ciego las cree realidad, se pierde en pos de ellas y muere sediento de dicha, envuelto por el ardiente simoun de los abrasadores desengaños.

Jacinto, el enamorado de Maria, era de familia rica y distinguida; y venciendo obstáculos y aunando voluntades, habia llevado ya las cosas á un punto tal, que todo se hallaba dispuesto para la anhelada boda. Su vivienda estaba situada sobre una loma que el Ter lamía con sus aguas, y, con relacion á la de Maria, en la orilla opuesta del rio y á mano izquierda de la direccion de su corriente. Así es que, para comunicarse con ella, tenia precision de vadear el cauce, lo que efectuaba sin dificultad por medio de unas piedras dispuestas para el caso.

Era la vispera del dia señalado para la celebracion del matrimonio, y un fuerte viento de levante trajo una lluvia copiosa, que en pocos momentos dejo impracticable el paso del rio; por cuyo contratiempo Maria se entristeció en extremo y se sintió herida en lo mas vivo del alma; pero aun le quedaba la esperanza de que el tiempo cambiara y se restableciera la comunicacion entre ambas orillas. Pasó el dia sumida en la mayor angustia, y llegó la noche sin haber cesado la espantosa lluvia. El rio habia tomado un aumento tan considerable, que se le veia arrastrar ramas y troncos colosales arrebatados á los contiguos bosques; y, sus furiosos mugidos, dominaban el descompasado ruido de la tormenta, que con la noche arreciaba mas y mas.

Maria estaba desesperada y rechazaba todo consuelo. Encerrada en su estancia, cegada por la pasion, con los ojos arrasados en lágrimas, desde su oscura ventana los dirigia al cielo, sin descubrir una estrella que le mostrara el menor rayo de esperanza. Y en medio de su delirio exclamó con frenesí:—¡El alma daría á quien tuviese poder para construir ántes de mañana un paso sobre el rio!—En esto se le apareció al pié de la ventana un sugeto, que dirigiéndole la palabra así le dijo:—¿Porqué lloras, hermosa entre las hermosas? Tú, cuyos ojos irradian luz mas bella que la de los mas brillantes luceros de la noche; y donde pisan tus piés brota la tierra flores; y envidia la nieve la blanura de tu faz, el alba el carmin de tus mejillas y las rosas el aroma de tu aliento. Tu belleza lo vale todo: yo soy un génio cuyo poder no reconoce límites: yo te prometo satisfacer los mas exigentes deseos durante toda la vida, si despues de ella me concedes tu alma que acabas de ofrecer al que te satisfaga uno sólo de ellos.—Y la infeliz Maria, insensata y ciega, en el ardor de su pasion, se atrevió á contestarle:—¡Oh! tú, cualquiera que seas, espíritu ó mortal, si tu poder es tanto que antes